La Nación Ciudad Trujillo
6 marzo 1959

Repetido

CRONICA DE ESPAÑA

"La Casa de la Troya"

Por Joaquín Calvo-Sotelo
de la Real Academia Española

(Un Servicio Icompress)

Por quinta vez va a ser filmada "La casa de la Troya", fabuloso éxito editorial, aún no extinguido, de los años de la primera guerra europea, que ascendió al tablado escénico de la mano de Linares Rivas, que coronó, como suele ser frecuente en esos trances, una acusación de plagio contra su autor Pérez Lugín (siempre la estulticia o la piratería bailan su maligna danza en el bajorrelieve de los triunfos ajenos) y que simbolizó, más que en la figura de su protagonista Gerardo Roquer y Paz, en la de su colega Casimiro Barcala, al estudiantón alegre, indisciplinado, ineficaz y simpático de las aulas universitarias de principios de siglo Pero esta vez, "La casa de la Troya", según me dicen los que intervendrán en ella, será una película de época. ¿Ha pasado, en realidad, tanto tiempo desde que se publicó como para justificarlo? Cronológicamente, la distancia no es tan grande, al extremo de que muchos de los conflictos avecinados en la fecha de su primera edición pueden ser encarnados, sin desvirtuarlos, en personajes vestidos a la usanza de nuestros días. Lo que sucede es que la psicología, de una parte, el conflicto, de otra, y el paisaje de "La casa de la Troya" son hoy —1959— puro y definitivo anacronismo. Si el paisaje —empezamos por el final— a saber, la pensión estudiantil, ha cedido su puesto al Colegio Mayor, y el conflicto —aquel amor tejido de largas esperas, de alados y distantes encuentros, amor de peripatéticos callejeos, de ruborosas miradas, amor sin tuteo y sin teléfono— desentona con los modos y modas actuales, la psicología de sus personajes —a Casimiro Barcala, esencialmente, aludo, apenas si aletea y se reproduce, gracias a Dios, en las generaciones de nuestro tiempo.

Declaremos que Casimiro Barcala era, sin disputa alguna, encantador, divertidísimo, pero frívolo y ligero. Casimiro Barcala, hecho en serie, habría impregnado de encanto y de inutilidad la vida estudiantil española. Por fortuna, no ha sido así, y a esa circunstancia se debe la distinta fisonomía de la actual, comparada con la de 1914.

Hoy, Casimiro Barcala no tiene vigencia. El estudiante español ha descubierto un costado de seriedad, de responsabilidad, casi de dramatismo ante los problemas de su tiempo que sus predecesores desconocían. ¿Cuáles son las causas determinantes de ese cambio?

Desde luego, toda la vida española se ha endurecido, es menos fácil hoy de lo que lo fué para las generaciones pasadas, y no hemos de sorprendernos si la parcela estudiantil acusa también ese mismo endurecimiento. A quienes suponen que las generaciones que siguen a las de la guerra se han desentendido de sus consecuencias, podría replicárseles diciéndoles que, acaso sin saberlo, su severo perfil proviene directamente de la herencia recibida. Hay en el subconsciente, diluído, pero patentísimo, un eco del pasado fragor, de la terrible violencia que la vida de nuestro país cobró en años recientes, y el mundo estudiantil lo testimonia de una manera indirecta, pero muy honda.

Por otra parte, la Universidad española no es tan uniforme como lo fué la anterior. Si la clase media sigue nutriéndola, otras, si no económica ni socialmente inferiores, han hecho acto de presencia entre sus filas. Merced a un sistema de becas, de ayudas oficiales o semioficiales, gracias también al mayor rendimiento de ciertas actividades subalternas, centenares de muchachos aspiran hoy a ganar puestos superiores en la regiduría de la sociedad. Ahora bien: quienes irrumpen en las aulas con ese propósito, tan noble y legítimo, al que suele prestar alas y orearlo cierto soterrado impulso de revancha, cumplen su cometido con un fervor y un respeto a la empresa iniciada, que no guarda relación ninguna con el trasnochado cosmos de "La casa de la Troya".

Por eso, no es sólo un acierto, es una necesidad que sus intérpretes vistan a la usanza del tiempo en que fué escrita. Será la única forma de hacerla inteligible, y, de paso, la más eficaz manera de despeñar hacia sus lances y episodios la nostalgia del espectador. Lubricante del éxito, dicho sea de paso, porque no hay nada que al espectador ligue y conquiste con más fuerza que el suscitar en su espíritu ese rumor, hecho de nieblas y de lejanos sonidos, que es la nostalgia. Apenas si importa que la época evocada se haya vivido personalmente para que tal fenómeno se opere. Nostalgia de una edad juvenil o de las fórmulas de vida dieciochesca. ¿Qué más da? Nostalgia, en suma, de épocas que se suponen menos inclementes, acaso sin motivo, y a las que la perspectiva despojó de sus duras aristas, para dejarles tan sólo sus atributos más atractivos y rosados. Déjese decir, a propósito de esto, que el cine español viene desde hace años viviendo de la nostalgia, como un chulillo barriobajero de una prestancia cincuentona.

Retornando al punto de partida, me acude ahora a la memoria la figura de Panduriño. Panduriño era, en la entera fauna que giraba teniendo por centro "La casa de la Troya", el único al que de verdad la conquista de su título de médico le costaba un esfuerzo dramático. De humilde origen, sin medios de fortuna, por las romerías tocaba durante el verano para reunir el dinero con qué pagar sus libros y sus matrículas. En aquel alborotado friso que Pérez Lugín trazó en su obra —truenos santiagueses, bromistas de primera fuerza, fáciles para el monte y la segunda voz, fértiles improvisadores, estómagos atléticos tanto para el obligado ascetismo de los finales de mes como para el lacón con grelos de los días de fiesta —Panduriño era el contrapunto, el patético y sorprendente contrapunto. Las cosas han evolucionado mucho, total en cuarenta y pico de años, y ved cómo Panduriño, honesto, callado, quizá un poco aburrido y, lo que es esencial en su dibujo, trabajador en suertes ajenas a las de su carrera para sufragar sus gastos, salta de ser figura singular en las aulas universitarias, a verse imitado por muchos bravos mozos desasistidos de medios económicos como él, pero denodados luchadores, a su igual, en la noble tarea de abrirse camino.

Gerardo Roquer y Paz, señoritingo al que la condición de abogado ha de servirle de muy poco, Barcala, adorable Barcala, y otros de su hechura se quedan al margen y Panduriño avanza a un primer plano. En la versión cinematográfica, si ésta es fiel a su origen novelístico, subsistirá difuminado y sin mayor relieve, como simple comparsa que es de un paisaje harto diferente; pero si otra "Casa de la Troya", se escribiese hoy, no sería igual.

Mi fe en el futuro de España y en sus nuevas promociones es muy firme, entre otras cosas, porque creo que Casimiro Barcala no capitanearía hoy ninguna asociación de estudiantes.